

GRACIELA TOMASSINI¹

BLUE VELVET 1

Yo tocaba el terciopelo: era áspero cuando pasaba la mano para un lado y suave cuando la pasaba para el otro.

SILVINA OCAMPO. “El vestido de terciopelo”

Se trata de caminar siempre por las mismas baldosas, pisando una cada tres. El que pisa al costado, pierde. El que pisa las del medio (la número uno, la número dos), pierde. El camino correcto está en las terceras baldosas; alrededor, y sobre todo en el medio, el tembladeral y los hormigueros, porque lo que parece a primera vista una baldosa igual que las demás, con ese engañoso brillo, o con ese ingenuo diseño acanalado, es en realidad la puerta-trampa del infierno.

BOTELLAS

Hay una vitrina en Roma donde se exhiben botellas de diversos tamaños, formas y colores.

¹ ANLE e investigadora del Consejo de Investigaciones de la Universidad Nacional de Rosario. Ha desarrollado, junto con Stella M. Colombo, varios proyectos dedicados a la microficción, entre otros temas de literatura hispanoamericana, cuyos resultados han sido publicados en libros como *Poéticas del cuento hispanoamericano*, *Comprensión lectora y producción textual. Minificción hispanoamericana*, *Reconfiguraciones* y *Juan Filloy: libertad de palabra*. Sus fabulaciones se difunden por FM AZ, en el programa *Casa de Ánimas*.

Botellas ínfimas, hechas para contener perfumes o portar venenos, botellones opalinos, vasijas ventradas de vidrio sutil, cuya entraña perfectamente esférica gesta interminablemente un navío construido con fósforos o escarbadientes; vasos rojos en forma de zapatilla de baile o de papagayo, una botella como un ánade azul, otra como un tigre amarillo, retortas, redomas, botellas de Leyden, tubos de ensayo, generosas damajuanas con picos de pájaros, vasijas con forma de cabeza de cerdo o de pirata, otras como manos rosadas o blanquísimas, con uñas pintadas.

Abigarradas en el discreto espacio del exhibidor suavemente iluminado, las botellas componen una perfecta naturaleza muerta. Vaciadas de los licores que alguna vez contuvieron, las variopintas redomas conservan un sedimento púlveo o viscoso de vino, sangre, tósigo, agua tofana, cuya prolongada ausencia no evita que las huellas tiñan levemente los fondos, como una resaca que no termina de despedirse.

Los brillos pálidos, exangües, de los vidrios vacíos cruzan sus reflejos bajo los focos empañados, y uno se pregunta si dialogan en la cálida noche romana, si se cuentan historias de fogosas pasiones o crímenes secretos, o si en cambio esperan que un incauto coleccionista ceda al impulso de comprar alguna, seducido por su rareza. En ese caso, el maleficio no se activará mientras el corcho permanezca en su sitio.

EL GATO DE DEPARTAMENTO

No es una especie nueva: nació con las ciudades verticales, o mejor dicho, con la soledad aérea de sus moradores, condenados a comprimir sus vidas y sus escuetas pertenencias en cubículos cuya creciente miniaturización excluye toda posibilidad de convivencia con mascotas de costumbres expansivas.

El gato de departamento es una variedad evolutiva de la rama arbórea del *feliscatus*, a juzgar por su habilidad para trepar, facilitada por el desarrollo singular de sus patas traseras, con las que se impulsa para saltar de balcón a cornisa. En el macho, de hábitos nocturnos, las garras provistas de uñas retráctiles poseen la dureza del acero, adaptación que les permite introducirse como anzuelos en las porosidades de los materiales de frente. La hembra, más sedentaria —especialmente si ha sido castrada— exhibe zarpas de extraordinaria tersura, parecidas a

pequeños pies de dedos rosados, coronados por uñas planas, capaces de ser decoradas con barniz, como dicta la moda actual.

Cientos de generaciones apartan al gato de departamento de las costumbres predatorias de sus ancestros. Ignorantes del arte de la caza, se entretienen en jugar con las cucarachas, las langostas o cualquier otro insecto, sin atentar contra su integridad física. La convivencia con el humano ha modificado radicalmente los hábitos prandiales de la especie, ahora distribuidos en tres comidas principales diarias, que suelen incluir postres, fruta, infusiones estimulantes como el té y el café, vino y licores. Se han registrado casos de gatos exclusivamente vegetarianos; la mayoría opta, en cambio, por una dieta ovo-lacto-vegetariana.

El obligado confinamiento –total en las hembras, diurno en los machos– ha estimulado el desarrollo frontal del cortex en estos felinos que no solo aprenden a leer con inusitada facilidad, sino que también escriben, resuelven problemas de álgebra, ejecutan complejas partituras en diversos instrumentos musicales y se destacan por sus habilidades informáticas. Lamentablemente, la evolución no ha alcanzado aún a desarrollar sus cuerdas vocales para el uso del lenguaje articulado, pero en cambio cantan con voces melodiosas en registro de soprano o contratenor, según el género.

Algunos se han destacado en el campo de la filosofía, y no pocos han obtenido doctorados en prestigiosas universidades. Hoy en día, casi no queda claustro académico que no cuente con la participación de algún meduloso minino dedicado a la investigación o a la formación de recursos humanos; la cátedra, por el momento, no les es favorable, en virtud del impedimento verbal que sin duda, habrán de superar en un futuro no distante las próximas generaciones de gatos de departamento.

MEMORIA SOBRE LA DESAPARICIÓN DE LA ESPECIE *BRUNFELSIA AUSTRALIS*

Brunfelsia Australis, planta aborígen de América del Sur, nombre común: Jazmín del Paraguay, Solana Furiosa, Jazmín América.

Brunfelsia Australis, arbusto perennifolio, de copa globosa, hojas alternas, simples, cortamente pecioladas; flores levemente cigomorfas y muy fragantes, de color violeta que cambia a blanco antes de desprenderse y caer, en lento vuelo espiralado.

No puedo decir con certeza cuándo percibí su ausencia. Como pasar de un continente a otro sin darse cuenta. Como cambiar de rostro, y no encontrarse más en el espejo. No sé si pasó de repente, o si fui yo quien de repente comencé a extrañarla.

La Brunfelsia, como otras solanáceas sagradas, tiene flores, hojas, tallos y semillas tóxicas. Su penetrante fragancia induce estados alterados de conciencia, en los que no es infrecuente la alucinación auditiva. Como la datura ferox, es un poderoso mnemónico, que ayuda a rescatar eventos largamente olvidados y presentarlos a la conciencia con detalle y vivacidad.

Es inútil preguntar por ella en los viveros: la confunden con otras especies, o fingen ignorar su existencia. Los empleados de Parques y Paseos, todos jóvenes, me miran extrañados, creen que estoy loca. No solo la han erradicado, también han extinguido su memoria. No figura en las taxonomías actuales; para encontrar su descripción, hay que consultar las viejas Historias Naturales, como la de Romualdo González Frago, en tres tomos con ilustraciones.

Pero eso no es todo. También la borraron de la Historia, de la Literatura, y aún del Cancionero popular. ¿Quién se acuerda del Jazmín del Paraguay que adornaba el jardín de Manuelita, cuyas flores aromaron el lecho donde tan brevemente gozaron Camila y Ladislao? ¿Qué impunes editores censuraron el recuerdo que Sarmiento dedica al Jazmín del Paraguay que en primavera embalsamaba el aire de la siesta, cuando las manos de doña Paula volaban por el telar? ¿Con qué aviesa intención se niega que eran jazmines del Paraguay los que lloraban de celos por la pulpera de Santa Lucía?

No es casual que la flor cuya fragancia insufla vida a los recuerdos perdidos haya sido minuciosa e implacablemente condenada a una extinción no solo física. Poderosas sombras han decidido exonerarla de la memoria colectiva, porque han comprendido que, en las manos apropiadas, el Jazmín América es un arma mil veces más efectiva que aquellas que promueven la destrucción.

Pero quien logró como yo escuchar la voz del jazmín en el silencio de la noche, no olvida. Esa dulce voz aterciopelada sigue hablando en mi cabeza, y por eso busco, por eso recorro los caminos, me meto en las frondas, exploro las ruinas de los conventos y los

patios de las posadas fascinada por un eco que me sigue hablando de aquello, de lo único que importa.

JULIA Y LAS MARIPOSAS

Julia, en un rincón de la gran sala llena de pesados muebles disfrazados de fantasmas. Julia mira las mariposas amarillas, danzando en la resolana, pero ella tiene que hacer los deberes.

Colón partió del Puerto de Palos, palos de puerto, como los del muelle viejo, palos vestidos de hiedra salvaje, palos verdes que el agua del río lame, y las mariposas siguen danzando al sol, siguen bordando el aire azul con los hilos amarillos de su vuelo.

Julia no sueñes, Julia no te distraigas, los deberes esperan, tan abismados en la seriedad de la tinta negra sobre el papel. Las letras inquietas saltan de las líneas tan paralelas: son surcos de arado que de pronto empiezan a abrirse en brotes verdes lustrosos de mañana fresca y crecen, crecen, y florecen: un cuaderno de trigo verde, una cabellera verde que flamea al viento, y las mariposas. Julia no vuelas, Julia plégala las alas bajo tu montaña de deberes sin hacer.

Si un grifo llena un tanque de cincuenta litros en cuarenta minutos, cuánta agua, cuántos peces nadarán en esa corriente, cuántos camalotes derivarán en la corriente parda, cuántas nubes se reflejarán en el brillo de su lomo de enorme caballo líquido, cuántas estrellas caerán de noche sobre las crines encrespadas. Julia no divagues, Julia no nades en la nada.

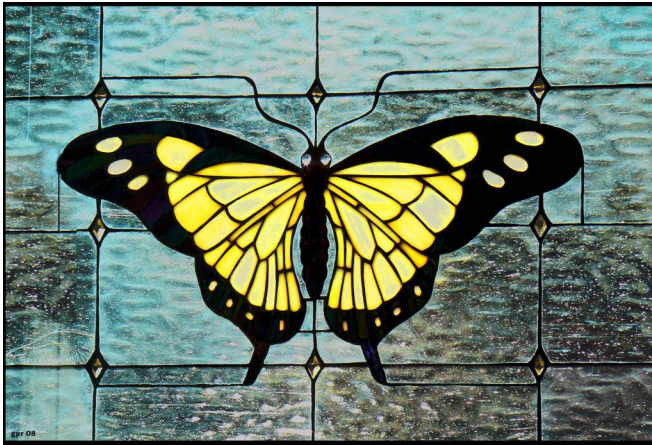
Si un campo de 80 hectáreas tiene la forma de un paralelepípedo; si un paralelepípedo de 80 caras tiene otros tantos pies; si una cara tiene forma de piano, otra de mariposa, otra de charango ¿cómo sonará el paralelepípedo, qué canciones enhebrará en su vuelo? ¿Volará en espirales dibujando galaxias sobre las flores de lino, la mariposa del campo de 80 hectáreas, la hectárea de las 80 mariposas, los 80 charangos de mariposas tañidos por el viento? Julia, otra vez en Babia.

En Babia había una vez una niña que no quería demostrar por regla de tres simple que tres grifos llenan una pileta más rápido que uno, o que dos. En Babia, la niña cambiaba la pileta por un río, y por el río, aguarriba enredada en los espineles descubría una sirena pequeñita con anillos en los dedos y una cabellera verde donde se en-

redaban las mariposas de la tarde. En Babia, los pescadores arrojaban monedas al agua y sacaban el velo que la reina del río tejió en punto de Santa Clara para casarse con un dorado bello como el sol. Julia quiere hacer los deberes en Babia, en un cuaderno de arena.

Al atardecer las mariposas se esconden en los túneles que la luz teje con las sombras que se alargan. Los ojos se van con ellas, y ya no se pueden ver las letras del cuaderno, que también se han ido, convertidas en camino de hormigas por los duendes de la mirada de Julia. Julia, son las siete y todavía no terminaste la tarea.

¿Qué mostrarás mañana, cuando te la pidan? ¿Mostrarás las hojas desiertas y blancas como la cara de la luna?



© *Mariposa, vitral (GPR, 2008)*